

las minas cerradas, y en disposición de poderlas volar cuando se quisiese; pareciéndole que con lo que la artillería había hecho durante los últimos días, después de las quiebras que las murallas y defensas de los enemigos sufrieron antes, y con las mellas y estragos que causarían las minas nuevas, ya se podría asaltar á la población y ganarla con el favor de Dios, tomó las disposiciones convenientes para este trance. Pero conociendo que por el desórden y la falta de disciplina de su gente de guerra, en lo cual no se atribuía pequeña parte de culpa á algunos capitanes, se había dejado de ganar el lugar cuando se le dió el asalto anterior; después que consideró, con la detención y juicio claro que en aquel caso se requería, todo lo que debía hacerse para el feliz éxito de la empresa, mandó juntar en su tienda á las dos de la tarde á los maeses de campo y demás jefes y capitanes del ejército; y estando reunidos salió en cuerpo su Alteza de su aposento, con un bastón en la mano, mostrando en su persona y grave semblante el mismo aspecto de su padre Carlos V. de fama eterna. Luego que dejó á todos contentos de su vista, les dirigió con gravedad y compostura las siguientes palabras:

«Valerosos capitanes y maeses de campo, que por vuestras hazañas y altos hechos gozareis de inmortal fama, la cual no podrán oscurecer el tiempo ni la envidia: ahora ha llegado el caso de que alcancéis mayor reputación volviendo por España y por su honra, para que no quede mancillada por la infamia de los moros rebeldes, que sin tener ni respeto alguno se han opuesto al rey, mostrándose sus enemigos con armas, haciendo grandes daños en sus pueblos, cometiendo sacrilegios escandalosos en desprecio de nuestra santa religion. España y la religion santa que profesamos piden justa venganza contra tamaños excesos; y así, siendo vosotros firmes columnas deste esclarecido suelo, haced vuestro deber, vengando vuestras injurias. Muera ese bando de Mahoma, ardan sus casas, allánense por tierra los muros de sus pueblos y los cimientos de sus torres, viértase y riegue el suelo la sangre mora, pásele á cuchillo toda esa vil canalla, ningún sexo perdona el duro acero, ni la edad tierna se reserve de la guadaña de la muerte; alcanzando furibunda á todas partes, no quede decrepito, ni tierno infante que aplique el labio con dulzura al pecho materno, que se eximan de tan riguroso destino. Habida esta memorable victoria, yo empeño mi palabra, como hijo del inclito Carlos, de interceder con el rey para que tenga cuenta de todos aquellos que en este caso se distinguen ostentando su gran valor, y les obtendré mercedes para que en adelante abunden en bienes de fortuna, quedando sus buenos servicios bien remunerados; además les ofrezco de mi parte una amistad eterna é inviolable, que el tiempo no alterará. Mas al que mañana en el asalto no hiciere su deber se le dará el castigo correspondiente á su infamia, y será tratado como merece quien se muestra cobarde en semejantes casos.» Así habló el gallardo príncipe, y dió á todos licencia para retirarse. Hicieronlo con mucho contento los circunstantes, dando firme palabra á su Alteza de hacer cuanto estuviera de su parte en aquel trance; y en seguida pasó cada uno á su alojamiento á anunciar á sus soldados que el día siguiente se daría el asalto general, contando con que todos se portarian como varones esforzados.

Breve noticia de la planta y asiento de las baterías, para mejor inteligencia del asalto.

Las baterías que se plantaron delante de Galera, como ya hemos dicho, eran tres: la una estaba á la parte de las eras, por donde el tercio de Nápoles había arremetido dos veces á la población; la otra estaba por la parte de la popa, en cuyo punto se abrieron de nuevo las dos minas; y la otra por la parte donde últimamente se habían plantado

cuatro piezas de las de don Juan Manrique, que batian al pueblo por la parte del jaloque levante. Bajo desta consideración se dió la órden del asalto en esta forma:

Señalaronse tres compañías de las del tercio de Nápoles para que arremetiesen por la batería de las eras, como siempre habían hecho, y que estaba por frente de su alojamiento y trincheras; que otras tres compañías del tercio de don Lope hiciesen lo propio, por aquella parte que caía entre levante y mediodía, y que dijimos jaloque, en donde se habían plantado las cuatro piezas de don Juan Manrique, que, por el reconocimiento de lo que habían batido, se entendió que harían mucho efecto para la batería de la popa, estando puesta en ella la esperanza de ganar el lugar. Se diputaron cuatro compañías del tercio de don Antonio Moreno, mandándolas que arremetiesen también por aquella parte, mezclándose con ellas todos los capitanes; alféreces, soldados, caballeros aventureros y cortesanos que quisiesen hacerlo, dándoles á entender que aquella era la voluntad de su Alteza, y que serviría dello para que peleasen todos, y ninguno se excusase con decir que estaba de guardia cerca de su real persona, como lo habían hecho durante el asalto pasado, permitiendo ir solos á los soldados de las banderas, y siendo causa tal vez por su negligencia de que el lugar no se ganase aquel día. Así, sabida la intención del príncipe, y viendo que no se podía presentar causa justa ni demostración aparente para rehusar el cumplimiento de la órden que se les daba, no quedó uno que no se alistase para el asalto, siendo entre todos mas de doscientos y cincuenta. A este tercio de Antonio Moreno le llamaban comunmente en el campo *el Señor don Juan*, porque su Alteza, toda su familia y corte estaban alojados en el sitio que ocupaba él, y porque del mismo se sacaban las compañías que hacían la guardia al príncipe.

Además desto se mandó que, de todas las compañías que quedaban del propio tercio, se sacasen los capitanes y cabos, por ser gente mas lucida y gallarda, para juntarse con la compañía del capitán don Gabriel de Montalbo, vecino de Granada, y que arremetiesen con las otras cuatro compañías; de manera que serían unos mil hombres los señalados para asaltar por la batería de la popa, sin contar con los que ya se han dicho, y que debieran también hacerlo por los otros puntos, pues aunque no hubiera entera confianza de que se hiciese por ellos mucho efecto, todavía se conseguía gran ventaja en divertir la atención de los enemigos, acometiéndolos por distintas partes, mientras estuvieran ocupados en defender la de la popa, y los nuestros pudiesen con mas comodidad ofenderlos y entrar en la población.

Ordenóse también, que algunas otras compañías de los tercios estuviesen á retaguardia de las señaladas para socorrerlas siendo necesario, y que las demás con el resto del ejército se quedasen de guardia del acampamento, avisando que á las seis de la mañana del día siguiente todos estuviesen á punto en los puestos que se habían designado. El acuerdo que se tuvo acerca del modo de dar el asalto fué el siguiente:

Que á las seis de la mañana se diera fuego á las minas, y en el instante de reventar, toda la artillería plantada en las partes susodichas disparase y prosiguiese obrando con mucha furia y diligencia hasta las siete; que entonces se reconociesen las baterías por soldados de confianza experimentados, y que hallándolas en disposición de ofrecer comodidad para poderse entrar, volviera la artillería á jugar otra hora de la misma manera que antes había hecho, y en aquel estado arremetiese nuestra gente de improvisó, mezclada con el humo y estruendo de los cañones, y el polvo de las baterías, teniendo por señal para hacerlo, que de cada una de las plataformas se dispararía una sola pieza, haciendo en seguida una descarga general.

Pero que si reconocidas las baterías no pareciese por

entonces conveniente que se diera el asalto, se dilatase hasta tanto que los reparos y traveses que lo dificultaban se hubiesen allanado, y quedarán las baterías con bastante disposición para arremeter por ellas los soldados, con menos riesgo y mayor ventaja; bien entendido, que si fuese necesario, se dejase por aquel día el asalto, y todo el tiempo conveniente para darle un buen éxito. En cuanto al modo de pegar fuego á las minas hubo diversos pareceres, porque algunos soldados y personas inteligentes pensaban que á cada una dellas se le hiciese un caño de pólvora, el cual desde su fogón viniese á juntarse con el otro á igual distancia, y que juntos así se les diera fuego para que á un mismo tiempo rompiesen las dos minas; sospechándose que, si se hacía de otra manera poniendo fuego á cada una de por sí, aunque quisiera hacerse con mucha diligencia, no sería posible dejar de salir la una primero que la otra; lo cual sería causa de que el movimiento que hiciese la primera, por estar tan juntas las dos, viniese á cegar el cebadero de la otra, de manera que con esto impidiese su efecto. Otros fueron de parecer que debía hacerse desta suerte: tomárase un cabo de cuerda no largo, y se partiese por medio, que cada pedazo se atacase á su mina, para que los dos fueran quemándose igualmente, y á un mismo tiempo llegase el fuego de los cabos á los fogones de las minas, pues desta suerte reventarían á una las dos, y se quitaría la sospecha de que el efecto de una perjudicase á la otra. Habiéndose conferido y platicado sobre el particular, se acordó que la última opinion era la mejor y mas acertada.

El martes siguiente, 7 de febrero y día de Carnestolendas, á la hora designada, el señor don Juan se adornó de unas ricas y lucidas armas, con peto y espaldas blancos, y siete listones de oro, en que brillaban esquisitas grabaduras y trofeos; el relumbrante y fortísimo morrion adornado de un penacho bello y elegante; sentado sobre una rica medalla de la imagen de nuestra Señora de la Concepcion, hizo muestra de su persona á la puerta de su tienda; y habiéndole visto los maeses de campo, jefes y capitanes del ejército, así como también todos los cortesanos, caballeros y soldados aventureros, hicieron lo mismo al punto, tomando el traje de guerra y armándose cada uno con lo que tenia. Igualmente se arreó lo mejor que pudo toda la caballería, y era cosa digna de ver la elegancia y hermosura de un ejército tan lucido y gallardo. Estando ya todos listos y colocados en los puestos que se habían señalado, mandó el señor don Juan pegar fuego á los dos cabos de cuerda puestos á los fogones de las minas, lo cual se ejecutó inmediatamente; y habiendo pasado cerca de medio cuarto de hora en irse quemando, todo el campo aguardaba ver el efecto con tanto silencio y suspensión, como si allí no hubiera gente ninguna. Al fin el cabo de cuerda de la mina de la mano siniestra se quemó antes que el otro, llegando el fuego al fogón donde estaba puesta la pólvora del cebador, y al punto rompió la furiosa mina con grande estampido, levantando un buen pedazo de la peña, gran parte de lienzo de la muralla y un trozo del castillo; de manera que fué muy razonable el efecto producido. Aunque al principio el terrible estruendo y movimiento grande que causó la mina al reventar hizo creer que las dos habían salido, luego que se apaciguó el polvo y la humareda, se echó de ver que no era así, sino que había disparado una sola de las dos, atribuyéndose el no salir la otra á muchas causas, y siendo la principal no haber dado fuego por los dos cañones á un mismo tiempo. Causó esta contrariedad mucha confusion y desabrimento en todo el campo, sin embargo de que podría sacarse bastante provecho del estrago causado por la mina que rompió con felicidad. Pero todavía por la disposición del terreno quedaba muy fuerte y de difícil espugnacion el lugar, de tal modo que con cualquier defensa que hicieran los moros, aunque no fuera mucha, hubieran podido de-

fenderse é impedir que fuera entrado, no siendo á costa de un copioso derramamiento de sangre.

El señor don Juan, aunque recibió alguna pesadumbre de que no saliese la otra mina, mandó que como estaba acordado jugase toda la artillería de las plataformas, y que los soldados estuviesen apercebidos para acometer, pues no quería que se perdiese la ocasion de ganar el lugar, respecto á que pensaba se le entraría fácilmente por las bocas que la mina había abierto, y la artillería obraba de presente, que era mucho. Miraba su Alteza como vergonzoso para un campo de tanta pujanza la dilacion que ponía en el éxito de aquella jornada, y le parecía que, siguiendo con la misma flojedad, podrían resultar graves inconvenientes, porque los moros de Galera tomarían mas ánimo que hasta allí, y seguirían su ejemplo tanto los de la Alpujarra como los de los rios de Almanzora y Almería. Por lo cual, considerando que no hacía falta á su propósito el efecto de la mina fallida, dió á los maeses de campo y á los demás capitanes con palabras que volaban lo siguiente:

«Ea, valerosos capitanes y fuertes soldados, ya ha llegado el tiempo de la victoria; y para alcanzarla la misma población nos manifiesta que basta ya lo hecho, y no tenemos necesidad del esperado efecto de la otra mina; porque cuando hubiera la tal necesidad, Dios en cuyo servicio estamos la hiciera salir. Así no se haga cuenta de ella, sino arremetamos con esfuerzo y ánimo valeroso, seguros del buen éxito.» Diciendo estas y otras semejantes razones, como finlito capitán recorrió todas las filas de los soldados, animándolos y proveyendo y ordenando lo que para el caso era necesario.

Los moros, escarmentados del daño que les causó la primera mina, pues mató á mas de cincuenta hombres que cogió descuidados en el cuerpo de guardia, fueron ahora mas advertidos; porque habiendo conjeturado por las disposiciones de la noche pasada y del día presente, que las minas nuevas iban á volar, y darles en seguida el asalto, procuraron apartarse del sitio en que habían sentido trabajar por debajo, dejando solamente algunas centinelas en parte conveniente y segura de la muralla, para que desde allí avisasen de lo que en el campo pasara, y tocasen á armas, siendo necesario que acudiese el cuerpo de guardia que tenían en la plaza. Luego que vieron que ya la mina había reventado, mandaron subir á cuarenta ó mas soldados á la parte del castillo que había quedado en pie para reconocer el estrago hecho y acudir á lo demás que la necesidad demandase; asimismo principiaron á reparar el portillo abierto, aprovechándose para el caso de los colchones y lana suelta, tierra, piedra, maderos y demás materiales que podían servir para la fortificacion, mientras les daba lugar la artillería, que no cesaba de batirlos. Entre tanto no holgaban los demás vecinos de la villa, que fueron haciendo trincheras y traveses por las calles, de modo que apenas se podía pasar por ellas; el cual trabajo, ayudado de la disposición del terreno, podía servirles de harta utilidad y amparo en aquel trance en que estaban. Asimismo distribuyeron ochenta ó noventa hombres por toda la batería hecha para su defensa, proveyéndoles de muchas piedras, que eran las armas en que ellos mas confiaban; y no sin razon, porque con las piedras se defendieron en el asalto pasado; sin esto iban haciendo otros reparos y prevenciones que les parecían convenientes, ó que exigía la necesidad en aquella ocasion.

Su Alteza, aunque al tiempo de reventar la una mina mostró dársele poco de que la otra no hubiera salido, con todo eso no dejó de sentirlo, porque contaba con lo que habría obrado, que junto con lo que la artillería fuera arrasando, quedara mas fácil la entrada del lugar, y porque le parecía que en el estado actual, ya que se entrase sería á costa de mucha sangre, porque la tierra que se había de ganar se mantenía aun bastante fuerte. Su Alteza

quisiera que la jornada se hiciese á la menor costa posible de gente, porque amaba mucho á sus soldados, y así, considerando que si la mina que quedaba por salir saliera como la otra, no dejaran entre las dos de hacer escarpe con lo que cayera por su impulso y movimiento, proporcionando á su gente con menos riesgo el alcance de la victoria, sin dejar por eso el negocio de la mano, ni de encomendar á la fortuna el éxito de la empresa en el estado que tenia la plaza: así juntó á su consejo y en él se acordó que fuesen algunos á reconocer el caño de la mina entera; que si por acaso el movimiento de la otra mina no le hubiese cegado el fogon, procurasen de alumbrarle cebándole de nuevo con pólvora, y la hiciesen volar como mejor se pudiese; que entre tanto se practicaba esta diligencia, la artillería proseguiese batiendo la tierra sin cesar un punto. Tomada esta resolución, se mandó que el ingeniero con algunos soldados y personas particulares fuesen á hacer el reconocimiento; los cuales, llegando á la boca de la mina y habiendo alumbrado y descubierto el caño, le hallaron limpio; de manera que con facilidad podía luego aplicarse el fuego y volar la mina. Hizose saber esto al señor don Juan, que recibió gran contento de la noticia, y mandó que al instante se la pusiese fuego, como se hizo. La mina entonces salió con facilidad del mismo modo que la primera, volando con un gran trozo de la otra peña otra parte del lienzo de la muralla, y todo lo que restaba por arrasar del castillo; pero se hizo la abertura de tal manera, que causaba otra dificultad mayor que las pasadas, lo cual desalentó extraordinariamente los ánimos de todos, dándoles á entender que de ningún modo sería posible ganar el lugar y entrarle en este día. El movimiento desta mina fué tan grande, que cesó mucho al de las pasadas, porque el hueco y hondura della penetraba hasta quince pasos mas adelante que las otras, y por aquella parte la batería de la peña debía de ser mas fuerte que ninguna de las que se habían volado; y así como halló mayor resistencia la pólvora, hizo mayor ímpetu, y abrió de tal suerte todo lo que levantó, que aunque quedó derribado lo que quedaba del castillo y mucha parte de la muralla, la peña se hendió de arriba abajo, quedando recta y mas fuerte que estaba de antes, pareciendo ser el lienzo de una robusta muralla, hecho por industria para la defensa del lugar, y no solamente la parte de la muralla y castillo que esta mina había volado quedó de la manera que va dicho fortificada, sino que también vino á fortificar lo demás, inutilizando lo que había batido la artillería, y lo que rompió la otra mina, pareciendo imposible de ganar el pueblo en el estado que dejó la entrada. No causó esto pequeña confusión y desconfianza en el campo, discurrendo todos que la batería había quedado mas fuerte, como en efecto lo estaba, que al darse el asalto pasado; y así blasfemaban de las minas y del inventor dellas, pareciéndoles que solo se habían fabricado para perjuicio de los ejércitos, y no para alcanzar dellas alguna utilidad ó provecho.

Habiendo reconocido los moros que en este día se les quería dar otro asalto, y que primeramente se volarían las minas fabricadas, estaban metidos dentro del lugar en parte segura, para volver después de la explosión á sus puestos, y defender su batería con seguridad. Pero viendo que ya había reventado la primera mina, y pensando que no quedaba mas, guiados por la regla del asalto anterior, se volvieron á la muralla, guarneciéndola con mas de cien soldados; y así, cuando estalló la segunda mina cogiéndolos desprevenidos, voló é hizo pedazos á mas de cincuenta dellos. Causó tal espanto á los que quedaban aquel fracaso, que ya sin guardar orden, dejar puestas centinelas, ni mirar por lo que convenia á su defensa, remedio y salvación, pensando que estaba minado todo el lugar, y que en ninguna parte podrían estar seguros, se retiraron con mucha turbación á la parte de la proa que les parecia es-

tar mas guardada y segura; juntamente se fueron con ellos cuantas personas había por las calles y quedaban en las casas, desde la popa hasta la mitad del lugar; de manera que la batería quedó desamparada, sin haber en ella ni en todo el lienzo de la muralla persona alguna que guardase ni defendiese; acción bestial, y digna al fin de la torpeza de aquellas gentes. En esta sazón Dios nuestro Señor, por su bondad infinita, hizo facil y llano lo que los nuestros tenían por muy dificultoso y casi imposible; que era entrar al pueblo sin grandísimo daño y derramamiento de sangre; pero en fin quiso Dios, teniendo cuidado de los suyos, que aquella tierra se ganase sin el peligro y estragos que se esperaban.

Estando pues la batería abandonada y derribada la muralla, sin guarda ni centinela alguna de los moros que pudiese dar aviso del mal que les podría venir, por una feliz casualidad un soldado vizcaíno, ayudante de la artillería, llamado Lasarte, deseoso de distinguirse en el cumplimiento de su deber, se había quedado escondido al pié de la cuesta, junto á la muralla en unos peñascos que la mina había derribado, y viendo que por allí no parecia moro ni persona alguna que defendiese la batería, comenzó á subir por la cuesta arriba con la espada en la mano, una rodela y un fuerte morrion en la cabeza, y no hallando resistencia ni impedimento, pasó tan adelante que llegó á un torreoncillo en que estaba plantada una bandera, la tomó y se volvió con ella por la batería abajo hasta que llegó á nuestras trincheras. Visto esto por otros soldados, que serían de veinte á veinte y cinco, y que del mismo modo que aquel se habían quedado escondidos entre los peñascos, habiéndose salido de entre las trincheras y puestos al pié de la cuesta, comenzaron á subirla, estando mirando el campo todo, tanto lo que Lasarte había hecho, como lo que estos iban haciendo, y que desde la muralla no se les hacia resistencia, ni había hombre que les defendiese la subida. En fin, estos adelantaron tanto, que se pusieron sobre la muralla, ocuparon el sitio del rebelin y castillo, y viéndose encima, con la batería ganada y el lugar entrado casi sin pensarlo, como cosa de sueño, comenzaron á dar grandísimas voces diciendo: *arriba, arriba; adentro, adentro; España, España; victoria.* A este tiempo iba ya subiendo por la cuesta arriba con mucha diligencia otro buen golpe de soldados, que se habían arrojado de las trincheras para ir á ayudar á los amigos, y hacer otro tanto como ellos, si fuese menester.

Luego que los moros oyeron la gritaría que los nuestros levantaban sobre la muralla, reconociendo la falta que habían cometido en dejar abandonadas la batería y las roturas del muro, asegurados ya de que no había mas minas que volar, pues andaban por allí los cristianos con plena seguridad, acudieron presurosamente y comenzaron á pelear con ellos disparando una gran carga de arcabuceria, y arrojando al mismo tiempo con violencia mucha cantidad de piedras, que eran las armas con que mas dañaban, por ser muy certeros y diestrisimos tiradores dellas. Con esto vinieron á juntarse y herirse unos á otros con las espadas, chuzos, picas y otras armas enastadas que tenían los nuestros. Estos recibieron la carga que les dieron los moros, y aunque sufrieron grande estrago, no por eso dejaron de disparar una buena rociada de arcabuceria, ni perdieron un palmo del terreno ganado, trabándose una cruelísima batalla entre ambos partidos.

Los soldados que estaban abajo formados en escuadron aguardando la orden del asalto para acometer, viendo que los primeros que habían subido estaban ya peleando dentro del lugar, y le tenían ganado, y que otros muchos soldados subían á gran priesa por la cuesta arriba, comenzaron á inquietarse, y se desbandaron tras dellos en tropel por hallarse en la acción. Los capitanes, alféreces, sarjentos y otros caballeros particulares, á quienes el señor don Juan

había encargado formalmente la observancia de las órdenes que tenia dadas, y que sin ella nadie tuviera la imprudencia de acometer, como se había hecho en el asalto pasado, se apresuraron á detener á los soldados; y como viesen que nada alcanzaban con las exhortaciones de palabra, desnudaron las espadas y principiaron á castigarlos repartiendo cuchilladas; pero ni lo uno ni lo otro fué bastante para detenerlos ni hacerles mudar de propósito, diciendo á voces que querían dar favor á los amigos, que ganado ya el lugar estaban dentro peleando; y que, siendo muchos los moros, los matarian á todos, si no acudían pronto á socorrerlos. En esto un caballero de Murcia, llamado Salvador Navarro, capitán reformado de caballería desde que el marqués de Vélez había dejado aquel cerco, dijo á los capitanes que detenían á los soldados: «señores, ahora no es tiempo de dejar la ocasión del copete, ni de impedir que los soldados consigan la victoria que tienen de su parte, habiendo ya ganado la fortaleza al enemigo. Advertid, que si ahora se pierde el lance, podrá ser muy dificultoso recobrar lo ganado; y así sigamos todos la victoria que Dios nos quiere dar, y de la que poco ha teníamos tan remota esperanza.» Diciendo esto, él con los demás soldados rompieron en tropel por medio de todos los que lo estorbaban, y principiaron á subir por la cuesta arriba. Algunos destos capitanes y caballeros que intentaban detener á los soldados, viendo que ya no les era posible alcanzarlo, y sintiendo dentro del pueblo la vocería y el grande estrépito de las armas, faltando también á la orden que se les tenia dada, se fueron con ellos, no menos codiciosos de tomar parte en la acción.

Otros jefes y capitanes que se quedaron, bien contra su gusto, temiendo la indignación del señor don Juan, mostraban en su semblante que no había estado en su mano contener aquel desorden de los soldados. Su Alteza, habiendo visto el grande efecto que las dos minas habían hecho; pero pareciéndole que la batería quedaba como se ha dicho muy difícil de acometer, tenia mandado que la artillería jugase sobre ella sin parar un punto hasta que hubiese oído misa, durante el cual tiempo la gente del campo se mantuviese pronta para arremeter, pero sin hacer movimiento alguno hasta que se le diese la orden. Y estando todavía su Alteza oyendo la misa en una capilla pequeña que por allí se le había hecho, sintió que la artillería no disparaba; y por otra parte, percebiendo el ruido de los arcabuces y la gritaría que levantaban los nuestros con los enemigos, preguntó muy alterado qué era aquello: á esta sazón llegando por allí Lasarte con la bandera que había cogido y algunos soldados que le acompañaban, se respondió al príncipe que un soldado había ganado la bandera que tenían los enemigos en el torreón de la muralla, y venia á echarla á sus piés; lo cual visto por otros soldados había dado motivo á que arremetieran sin orden de sus jefes, pero que felizmente habían ganado la batería y entrado en el pueblo, donde estaban peleando con los enemigos. Oyendo esto su Alteza con mucha turbación dejó la misa en el estado que estaba, y saliendo de la capilla encontró á Lasarte que traía la bandera, é hincando la rodilla en el suelo, dijo á su Alteza: «vuestra Alteza se sirva de mí y desta bandera que saqué del fuerte de los enemigos; por mi causa han entrado en el pueblo muchos soldados, y le van ganando de todo punto; mandad, señor, que se los socorra á toda priesa para que se consiga la victoria. — Os habeis portado como buen soldado, respondió su Alteza, y no es poco lo que habeis ganado con lo que habeis hecho.» Tomó en seguida la bandera de la mano de Lasarte, se la dió á un paje para que se la guardase, y pasando adelante con lijereza llegó á las trincheras, en donde vió que el pueblo estaba ya en el estado que se ha dicho.

Considerando pues que el suceso venia de la mano de

Dios mas que de providencia humana, recibiendo en su ánimo gran consuelo, y aprovechándose de la ocasión, pasó adelante de las trincheras exhortando á los soldados, y llegando personalmente casi hasta el pié de la cuesta, á la sazón que los moros peleaban como desesperados con los nuestros. Todos los soldados que estaban de la parte donde se hallaba el señor don Juan, viendo que su general supremo pasaba tan adelante y los animaba, arremetieron todos de tropel sin quedar ninguno, salvo la caballería, que por necesidad tenia que guardar sus puestos para que no pudieran escaparse los moros, habiéndoselo así mandado su Alteza. Pero hubo muchos que dejaron los caballos á sus criados por hallarse en la acción, como lo habían hecho Salvador Navarro y otros amigos suyos de la ciudad de Murcia, los cuales juntamente con los de Lorca mostraron en este día su gran valor y esfuerzo, así como lo habían hecho siempre en cuantas ocasiones se ofrecieron. Con todo eso, los moros enojados de sí mismos, y culpando su grande ignorancia, peleaban como gente aburrída, con tanta rabia y furor, que los nuestros tuvieron necesidad de volverse atrás, perdiendo lo que habían ganado, porque sobre el ímpetu de los enemigos llovía sobre ellos desde los terrados tanta multitud de piedras, que no les daban lugar para cargar y descargar los arcabuces, ó poderse valer de las espadas. Hasta las mujeres entraban en la batalla como los varones, distinguiéndose siempre la celebrada Zarzamodonia, de quien ya hablamos mas arriba, que armada de un estoque y una rodela hacia en los cristianos tanto daño que espantaba; de modo que fué preciso que un soldado se aprovechase de un momento favorable, en que no le veía, para poderla disparar un arcabuzazo, del cual murió la mora valerosa, dejando ejemplo y mucha fama de su esfuerzo; hubo otras muchas moras que por el mismo estilo se señalaron en aquel día, y murieron peleando varonilmente.

En este tiempo los del tercio de Nápoles, que debían acometer por la parte de las eras á la batería que tenían enfrente, y asimismo los que habían de hacerlo por la que estaba entre levante y mediodía, oyendo el ruido que pasaba dentro del lugar, y los gritos de victoria que resonaron por todo el campo, sin aguardar ya la orden competente acometieron con furia por su respectivas baterías, y entraron también dentro del lugar. Los primeros que entraron por esta parte de las eras fueron tres capitanes de Murcia; el primero llamado don Pedro Zambrana, el segundo don Luis Carrillo, y este al entrar fué herido en la cara de un arcabuzazo que le pasó las dos mejillas, aunque no por eso dejó de entrar por la batería con grande ánimo; y el tercero Francisco Galtero, capitán valeroso, y que también fué herido de otro arcabuzazo por debajo de la barba, de suerte que se pensó que la bala le había degollado: quiso Dios que no encarnó mucho, y así por eso no dejó de pasar adelante como un león, animando á los suyos. Con ellos entraron después otros muchos capitanes de Lorca, y el primero susodicho don Pedro Zambrana no tardó en salir malamente herido. Todos estos comenzaron á pelear bravamente con los moros, y á ellos se juntaron muy pronto la gente de Caravaca con su valeroso capitán Fernando de Mora, que fué uno de los primeros que subieron, el capitán Carreño, de Cehegin; el capitán Melgarejo, de Mula; el capitán Mora, de Totana; y el capitán Cayola, de Alhama. Todos estos últimos correspondían al tercio de don Pedro de Padilla, y con ellos concurren otros esforzados capitanes y muchos soldados valerosísimos del tercio de Nápoles, dando envidia y sumo gozo la arrogancia con que entraron en la batalla. De las otras baterías, en donde estaba la gente andaluza y de Castilla, tampoco es posible ponderar el valor y esfuerzo de los ánimos con que acudieron todos á la pelea. Viéndose los moros tan vigorosamente asaltados y con

tanto furor combatidos, pérdida de todo punto la esperanza de vivir, se juntaron en gran copia hasta ocho mil dellos, y apretaron tanto á los cristianos, que como ya se ha dicho, los hicieron volver muy atrás hasta la batería de las minas, y aun hubo algunos soldados que viéndose en tanta apretura comenzaron á descolgarse por la batería abajo; de suerte que todos los nuestros se apiñaron, y no pudieron dejar de recibir gran daño cayendo sobre los cimientos derribados, en donde les sobreviniera una gran rociada de balas enviadas por el escuadron turquesco, que peleaba con terrible furor, y no cesaba un momento en llevar adelante la defensa. Pero poco les valió á todos su denuedo, porque estaba allí la flor de España, que viendo la deseada ocasión de mostrar su valor heroico, comenzó á gritar: *cierra España, Santiago, Santiago*, y metiéndose en seguida por lo mas denso de la polvareda, fué en busca del escuadron enemigo. Mas era tanta la gente que cargó en la batería aporillada, que ni los unos ni los otros tenían necesidad de apuntar con las escopetas, sino disparar al confuso monton de los contrarios, haciéndose de ambas partes grande estrago; y era tanto el que obraban los moros con las piedras, como los cristianos con las balas, porque no habia piedra que dando de lleno no matase ó hiriese malamente á algun hombre.

Un caballero del hábito de San Juan, llamado don Francisco de Quiñones, natural de Zamora, queriendo subir á una altura desde donde algunos moros hacian mucho daño á los cristianos, y teniendo ya puesta arriba la mano para subir, un turco le cortó los dedos con el alfanje; mas no por eso desistió de su propósito el valeroso manco, antes viendo sus dedos cortados, retirando aquella mano se asió con la otra, y con gran lijereza saltó arriba, á pesar de quien se lo estorbaba; por desgracia apenas hubo subido cuando le hicieron los moros muchas heridas y con grande ímpetu le despeñaron de lo alto abajo medio muerto. Aquí fué herido malamente en un pié don Pedro de Sotomayor, y fué preciso retirarle á las tiendas, adonde llegó casi al mismo tiempo que el susodicho caballero de Zamora, el cual daba mucha lástima, viendo que la cruz blanca que llevaba se habia tornado roja con su sangre. Era tan grande la vocería de unos y de otros, tanta la confusión, tanto el estruendo de los arcabuces, de los golpes de las espadas, del crujido de las armas, de los dolorosos gemidos de los heridos y moribundos, de las cajas y atambores de los cristianos, de las dulzainas y añafles de los moros, de los atabales y trompetas de la caballería etc., etc., que todo causaba espanto, y parecia hundirse el mundo: no se oían los unos á los otros, por mas esfuerzo que hiciesen para darse á entender; no habia medio de transmitir las órdenes de los jefes y capitanes á sus soldados; y así andaba todo tan revuelto y confuso, cual pudo estarlo entre los que levantaron el edificio babilónico.

Viendo el señor don Juan á sus escuadrones tan empeñados en aquella peligrosa lid, y temiendo que aflojara su valor cuando ya estaban tan á punto de ganar la victoria, dejando con ánimo esforzado su puesto de general, fué á la muralla como otro cualquier soldado, decidido á subir donde estaban los suyos peleando, sin que nadie fuera parte para impedirselo; mas estando ya al principio de la cuesta, de enemigo de la confusa pelea, salió demandada una bala, ó bien fuera tirada por industria al resplandor del hermoso y luciente peto, la cual dió en un costado á su Alteza, haciéndole una grande abolladura; de modo que traía tanta violencia, que á no ser el peto fortísimo y de fino y acerado temple, allí quedara muerto el soberano príncipe, poniendo á todo el campo en la mas terrible confusión, malográndose la victoria de una guerra tan peligrosa, y cubriéndose toda España de doloroso llanto. Sin embargo, no haciendo caso el señor don Juan del golpe recibido, y mostrando en su valor ser hi-

jo del invicto Carlos V, pasó adelante con su propósito de llegar á la derribada muralla, donde estaba trabada la pelea. Su ayo el respetable Quijada, á quien no muchos días después sobrevino la muerte, como diremos mas adelante, andando muy solícito en las cosas del príncipe, y habiéndole visto en semejante peligro, le fué á la mano y contuvo, diciéndole en graves palabras: «decid, príncipe, ¿qué hado acerbo os ha podido mover así para que dejes el lugar y bastón de general, y os metais á la par de los soldados mas comunes en un peligro tan grande, sin ninguna sazón ni pedirlo el tiempo? Refrenad esa arrogancia, y volved atrás, no deis causa con vuestra muerte á que todo el campo pierda la esperanza de salir con la victoria que tiene ya en la mano. No es tan importante el negocio de Galera, que merezca el que un príncipe tan esclarecido como vos se arriesgue como los demás soldados, y que se quiera poner en peligros semejantes, especialmente teniendo capitanes y maeses de campo tan valerosos, y soldados tan esforzados, que es una maravilla ver á cada uno cumplir su deber. Volved, volved y no paseis mas adelante, conduciéndoos de manera que el rey vuestro augusto hermano y toda la nación española no pierdan las esperanzas que tienen fundadas en vuestro inclito valor y brillantes disposiciones.» El señor don Juan, oyendo á su ayo hablar de aquel modo, sujetándose á la obediencia que siempre le tuvo, refrenó su ánimo, y volviéndose á su lugar no quiso pasar mas allá de las trincheras.

En aquel momento andaba muy sangrienta la batalla; pero nuestra heroica gente hizo tanto con su indomable esfuerzo, que los enemigos principiaban ya á retirarse, desocupando con mucha diligencia toda aquella parte de la popa, y metiéndose dentro del lugar á la proa, forzados de la lluvia de balas que sobre ellos enviaban los nuestros: los moros se retiraban peleando; pero atemorizados ya, se acogían á los reparos y traveses formados en las calles, y otros se metían por las casas, y desde allí oponían gran resistencia batallando como leones. No obstante estos obstáculos, los nuestros estaban ya apoderados de todo el lugar, aunque andaban por él dificultosamente, porque de los terrados llovían piedras sobre ellos, y aun peleaban los moros con tanta obstinacion, que fué necesario irles ganando calle por calle, casa por casa, y terrado por terrado, haciendo en ellos tal mortandad, que no se podia andar sino por encima de sus cuerpos; nunca hicieron señal de rendirse, y así morían á manos de los nuestros como bestias, á fuerza de cuchilladas y arcabuzazos; en fin, con el auxilio de Dios y la perseverancia fué ganada toda la tierra.

Duró el combate, después de entrado el lugar, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde; en este dia solo murieron de los enemigos dos mil y ochocientos hombres, y como unas ochocientas mujeres y criaturas, que compondrían entre todos el número de tres mil y seiscientos: se cautivaron hasta otras mil y quinientas personas de mujeres y niños, porque á hombre ninguno se tomó con vida, habiendo muerto todos sin quedar uno en este dia y en los asaltos pasados. También de los nuestros pasaron de doscientos los muertos, y de trescientos los heridos, de los cuales muchos murieron después. Se usó de tanto rigor y severidad con las mujeres y criaturas, que me parece se llevó el estrago mucho mas allá de lo que permitía la justicia y era propio de la misericordia de la gente española, que siempre se señaló hasta en favor de los bárbaros; no hubo piedad para ninguno, alcanzando la muerte no solo á las mujeres, sino también á las criaturas bautizadas; y tamaño rigor se ejerció por haberlo mandado así el señor don Juan, á fin de que el acerbo castigo sirviese de ejemplo á los demás rebeldes que quedaban por las Alpujarras, temiendo mostrarse en adelante pertinaces y con arrogancia contra su

Majestad, por cuya causa se echó el bando de que no quedase con vida en aquel pueblo hombre, mujer ni niño. Sin embargo considerando su Alteza, que llevar adelante esta orden tenia algo de atroz, mandó templar su dureza, disponiendo que se perdonase la vida á las mujeres y á los niños de cinco años abajo, quedando su libertad por premio del vencedor que los hubiera ganado.

Cumplíndose todo lo que el señor don Juan habia mandado, y consumada la toma de Galera con tanta honra y gloria de los cristianos, diremos ahora alguna cosa de los moros pertinaces en su bestial rebelion, ó á lo menos daremos noticia de dos casos que sucedieron, dignos de memoria.

En Galera habia un moro muy rico que tenia mujer y dos hijas, doncellas muy hermosas, de unos veinte á veinte y dos años de edad; el cual viendo que el lugar se entraba por los cristianos, y que ya estaba perdida la esperanza de remedio, fué corriendo á su casa desesperado, y ajeno de piedad degolló á sus dos hijas en un aposento de donde su madre no las pudiera sentir, y las decía: «amadas hijas mías, perdonad al aburrido padre, que con el mas acerbo dolor de su alma os sacrifica para que los cristianos ufanos de la victoria y cargados de trofeos no puedan gozar de vosotras, y después desta afrenta os veais en tierras ajenas reducidas á la esclavitud.» En seguida las degolló y dejó en aquel aposento, desde el cual pasó al de la desdichada madre, y la dijo: «amada mujer y compañera mía en las felicidades y en los trabajos: ya ha llegado el fin de nuestra amistad; los cristianos han entrado victoriosos en nuestro lugar, con determinacion de no dejar á nadie vivo, por haberlo mandado así su general; yo holgaria que nuestra vida se alargase muchos y felices años; pero el hado duro no lo permite, sino que á toda priesa nos viene persiguiendo. Para mí seria doblado dolor que vos, bien mio, vinierais á poder de manos ajenas, habiendo sido tan regalada de las mías; y para evitar esta desventura cruel tengo obligacion, como marido que tanto os ha amado en esta vida, de poner os en libertad; así como ya lo he hecho con nuestras hijas, mediante el favor del santo Alá, todos cuatro nos veremos esta noche juntos en el paraíso que deseamos.» Dicho esto y llorando amargamente degolló á su turbada esposa; y no contento todavía, así á la madre como á las hijas las echó en un pozo para que los cristianos no las hallasen. Luego al punto salió á la pelea gritando: «ea, amigos, ya no queda que perder mas de lo perdido; muramos todos como buenos;» y diciendo esto se abalanzó por enmedio de las furiosas armas de los cristianos, matando á algunos dellos por su mano, y mataría á muchos mas si le dieran mas tiempo; pero luego un soldado tirándole un arcabuzazo, le privó de la vida.

Una doncella muy hermosa, que habia perdido á su madre durante la infancia, supo que en la batería de las eras habian muerto á su padre; y tomando de la mano á dos hermanitos que tenia, se salió de su casa y la prendió fuego. En seguida cogió debajo del brazo izquierdo á los dos niños, y empuñando una espada con la mano derecha salió á la batalla, y peleó denodadamente con los cristianos hasta que la mataron y á sus dos hermanitos juntamente.

Asimismo sucedió á un caballero de Murcia, llamado Andrés Navarro, hermano del capitán Salvador Navarro, que saliendo de Valor un moro huyendo del furor de las armas, cuando el marqués de Vélez se mejoró contra el reyecillo, al ver que una dama que llevaba en su compañía, y la amaba en supremo grado, no podia andar bastante, y sobrecogida del temor que la habia causado el ruido de la batalla y la baraunda de la gente de guerra, al irlos ya á los alcáncas el cristiano victorioso, y no pudiendo salir con su intento, que era escapar subiéndose á la sierra, se volvió el moro como un leon dañado á la desdichada mu-

jer, y con un puñal la mató para que el cristiano, que era el susodicho Navarro, no la gozase. Luego el moro se metió por partes que no pudo seguir el caballo del cristiano, quedándose este espantado de la cruel y horrenda bazaña.

Saliendo de Granada otro moro para irse en compañía de aquellos que fueron allá la pasada noche de Navidad, de que ya hemos hablado, y llevando consigo dos hijas pequeñas, la una al hombro, y la otra, que seria de unos doce años, de la mano, al ver que con ellas no podia andar tanto como el escuadron moro caminaba, y creyendo que los cristianos venian en seguimiento dellos, tuvo por grande estorbo para su expedicion las dos hijas que llevaba, y resolvió descargarse dellas, degollando á la grande con un puñal, y enterrando viva á la pequeña en una montaña de nieve: así se fué listo á la sierra con los demás compañeros. Todas estas cosas que prueban la fuerza del amor, son tan dignas de memoria como las que hacian los romanos.

Si en el cerco de Galera se hubieran encontrado los moros tan bien prevenidos de armas y municiones como lo requería el caso, y ellos fueran tan buenos soldados como valerosos y determinados á morir, ó nunca los cristianos ganaran la tierra, ó si la alcanzaran fuera á costa de un copiosísimo derramamiento de sangre; de modo que se pudiera muy bien decir: *si Africa llora, España no rie*. Pero quiso Dios por su infinita bondad que aquel lugar se ganase con menos dificultad de lo que se pensaba, y el triunfo causó mucha alegría en toda España. Una cosa es muy notable: que aunque el cielo de aquella tierra sea oscuro y lluvioso, Dios no quiso que lloviese entonces, siendo la estacion de invierno, porque el campo de los cristianos no pasara trabajos; pues si hubiera llovido, necesariamente se hubiera levantado el sitio, y el ejército fuera á acuartelarse en Huéscar hasta el buen tiempo, porque todas aquellas lomas y quiebras fueran barrizales, y atolladeros todas las rambias; de modo que costara grandísimo trabajo hacer allí los servicios convenientes al ministerio de la guerra. En este caso, los soldados como eran bisoños, poco prácticos, regalones y no acostumbrados á padecer ni sufrir trabajos, es muy probable que dejaran el campo, y se fueran á sus casas, que estaban cerca, como se vió que lo hicieron en todo el discurso de la campaña por muy pequeños motivos, ofreciéndoles comodidad para ello. Esto se reconoció claramente el miércoles inmediato á la toma de Galera, que nevó y llovió tanto, que por esta causa fué necesario detenerse allí el campo otros siete dias hasta que el cielo y el suelo facilitaran la marcha para retirarse con la artillería. Entre tanto se dió orden para desmantelar el lugar, poniendo fuego á las casas y acabando de allanar la muralla. Hecho esto y repartida la presa, el señor don Juan, en nombre de su Majestad, mandó echar un bando para que nadie osara edificar en aquel sitio, habiendo sido asolado por rebelde á la corona real; y si los herederos de don Juan Enriquez, de quien era, quisiesen repoblar por allí pudiesen hacerlo á la parte de las eras, en la llanura, y sin forma alguna de muralla. Aquí concluye la noticia del asedio de la villa de Galera; y para concluir la relacion de la guerra de las Alpujarras, insertaremos sobre lo pasado el siguiente romance:

Cercada tiene á Galera
Don Juan el hijo de Carlos
Quinto, llamado el famoso,
Rey de España y sus estados.
Por tres partes se combate
Con cañones reforzados;
Que era placer el mirallo;
Muchos grandes le acompañan
Deste suelo nuestro hispano,
Duques, condes y marqueses,
Muchos de pechos cruzados,
Hijos-dalgo y caballeros,
Hombres ricos, mayorazgos,
Y otros de otras muchas suertes
Y de diversos estados,
Con otra muy mucha gente
De valerosos soldados.
Al punto quiere batirla.

Y acabar con los cercados;
Con trincheras plataformas
Tiene el campo asegurado.
Por tres partes se combate
Con cañones reforzados;
Después de haberla batido
Se le dió el primer asalto.
Fué la batalla sangrienta,
Murieron muchos cristianos;
Tornan de nuevo á batirla
Con cañones mas doblados.
Asalto se dió segundo;
Mas fué el daño muy sobrado
Que los cristianos reciben
Por ser el muro guardado
De los moros fuertemente,
Reclamente peleando.

El señor don Juan, que entienda
Que el batirle sale en vano,
Manda hacerle dos minas
Porque el fuerte sea minado.
Las minas salen furiosas,
Muy gran parte han derribado
Del lienzo de la muralla
Con parte de otro peñasco.
Hízose gran batería,
Mas quedó dificultado
El poderse arremeter
Por lo que está derribado.
Los moros, como se vieron
De las minas maltratados,
De aquel sitio se retiraron;
Mas al lugar se han entrado
Sin dejar la batería
Con guarda, y á mal recado.
Un soldado de los nuestros,
Viendo que el sitio han dejado,
Por la batería sube
Valiente y determinado;
Sin ser de nadie impedido
Al rebelin ha llegado,
Y tomado ha una bandera
De nuestro enemigo bando,
Y con ella se tornara
Sin ser de nadie enojado.
Otros soldados, que vieron
Lo que hizo este soldado,
A la muralla se suben

Sin ser defendido el paso:
Toda la gente cristiana
Al punto hace otro tanto.
Al arma se toca luego,
Y arremete todo el campo.
Los moros que lo han sentido
Contra sí mal enojados
Por dejar la batería
Olivada y sin recado.
Salen luego á defender
A los cristianos el paso,
Y se traba una batalla
Muy grande por defensarlo.
Unos llaman á Mahoma,
Otros dicen Santiago,
Otros gritan cierra España,
Mueren el bando renegado.
Todo el día se pelea
Hasta que el sol iba bajo;
Los cristianos con esfuerzo
La victoria han alcanzado;
Tres mil matan de los moros
Que anduvieron peleando,
Y de niños y mujeres
Mataron casi otros tantos;
Dos mil tomaron cautivos,
Poniendo el lugar á saco.
Luego mandara su Alteza
Que fuese el lugar quemado
Este fin tuvo Galera,
Y fué merecido pago.

CAPITULO XXII.

Desmantelada Galera, el señor don Juan se fué á Baza. Se da razon de las personas de cargos que murieron en Galera, y de los heridos.

La toma y destrucion de Galera se divulgó luego por toda España, y hasta Arjel llegó la noticia, al mismo tiempo en que el Ochalí tenía dispuestos dos mil turcos, todos jenízaros y excelentes soldados, para enviarlos á las Alpujarras. Este al punto desistió de su intento, y los demás moros levantados del reino de Granada concibieron tanto terror de lo sucedido, que perdieron enteramente sus buenas esperanzas al ver que un lugar tan fuerte como Galera ya estaba asolado, y habían muerto en él, sin que quedara uno de tantos y tan valerosos moros y turcos. El Ochalí, rey de Arjel, no se atrevió á contrarrestar la gran potencia que el príncipe don Juan llevaba en su campo; pero quien mas tembló del caso fué el capitán Maleh, que tenía allí á la sazón una hermosa doncella, la cual había ido á ver á unas parientas suyas muy cercanas, y hallándose allí cuando se levantó el lugar, murió entre las demás mujeres al tiempo de su rendición. Dicen della que era hermosa en extremo, de modo que la fama de la bella Maleha era celebrada y universal por todo el reino de Granada. Así que se supo la rota de Galera en el río de Almanzora, se dijo también que entre la asolación y ruina del lugar se habían quedado escondidos unos quince moros y moras en partes muy ocultas y secretas, especialmente en el caño ó mina por donde el agua del río entraba en Galera; porque los cristianos, aunque llegaron á aquel sitio, viendo que el pozo tenía agua no se persuadieron de que pudiera haber allí persona viviente, cuanto mas que desde arriba no podía notarse ni descubrirse por dónde entraba la mina, ni la longitud della.

Además pues destos moros y moras de que hemos hablado, se quedaron escondidas otras personas en lugares ocultos, sin que tuviesen noticia dellas los cristianos, que así como acabó la pelea, y siendo ya de noche, se ocuparon principalmente de sacar sus muertos de entre los moros, y juntarlos todos acia una parte para darles sepultura. Los soldados cansados de pelear, y después de haber buscado su provecho durante aquella noche, que fué muy oscura, se recogieron á sus cuarteles, sin cuidar de otra cosa hasta el día siguiente, que debían emplear en el enterramiento de los muertos y en quemar el pueblo, segun se les había mandado. Entre los moros que estaban escondidos, no oyéndose ya rumor de guerra, salió uno á la boca de la mina, y vió que era un río muy de noche, que todo el suelo estaba cubierto de nieve y llovía copiosamente; por lo cual, determinado á saber el fin en que aquello había parado, subió á lo alto del lugar, espantándose de tanta mortandad como se manifiesta por aquellas calles. Yendo adelante con gran recelo, se halló con otro moro que ha-

cia la misma investigacion; y habiéndose reconocido después de haberse causado mucho temor el uno al otro, preguntándose quién eran, dijo el que salió el último, que en el hueco de una casa tenía escondidas ciertas mujeres y criaturas, y que había salido á observar en qué estado estaban las cosas. Que á él le parecía ser muy cómoda la noche, y que el campo estaba descuidado, por lo cual podrían salir de aquel sitio muy á su salvo, y poner en obra las mujeres y niños. El otro, que había salido al mismo efecto, convino con su parecer, y ambos acordaron que se saliese por la mina del agua, y no por las baterías. Así pues los de la casa se fueron á la mina, y por la boca que salía al río comenzaron á andar de la media noche en adelante, y siguiendo el agua abajo salieron á bastante distancia de allí sin ser sentidos de nadie. Parecía un milagro de Dios que los niños chiquitos no llorasen ni bullesen en aquella sazón, yendo todavía como trastornados por el estruendo de la artillería pasada. Deste modo se escaparon estos y algunos mas por otras partes, ayudados de la oscuridad de la noche, viniendo á juntarse unos y otros al amanecer cerca de la venta del Peral, desde donde, por una travesía que se hace de un pinarejo que va á dar al río de Almanzora, se metieron llorando su desventura, aunque por otra parte contentos de haberse salvado de tan gran peligro, en un lugar que se llama Urraca, siendo ya bien de noche, porque las mujeres no pudieran andar mas.

Por fin, allí se hallaron puestos en salvo, y dando noticia á los del lugar de lo que había pasado, se supo luego por la gente del río de Almanzora, y de allí fué avisado Avenabó, el cual sintió gran pesar, porque tenía prontos quince mil hombres para ir con ellos á socorrer á Galera. En Purchena supo luego el capitán Maleh lo que pasaba, y lo sintió muchísimo por la razon especial de tener á su hermana en Galera; y así triste, pensativo y temeroso, no esperando próspero fin de tales negocios, buscó quien fuera allá secretamente, y averiguara si se hallaba su hermana entre las demás mujeres muertas, ó si estaba cautiva. Por fortuna un mancebo moro, que la amaba mucho y la había servido muchos años pretendiendo ser cuñado del Maleh, dijo que él iría á Galera, y traeria noticia cierta de la suerte de la Maleha. Su intento era, en el caso que la hermosa mora estuviese cautiva, ir á echarse á los pies del señor don Juan, ofreciéndose á ser su esclavo, y rescatando á su señora casarse con ella, y quedarse en Huéscar, ó pasarse á vivir á Murcia. Determinado al viaje, el enamorado moro se despidió del Maleh, y montando en un brioso caballo tomó el camino de Galera. Luego que llegó á Orce, que estaba despoblado, entró en una casa que él conocía, y dejó allí encerrado su caballo, con copia de pienso para que se pudiese mantener. Luego á media noche, estando el tiempo lluvioso, entró en Galera, donde le espantó el gran número de muertos que iba encontrando, y con que tropezaba á cada paso; pero viendo que todo estaba tan embarazado, no solo por la destrucion del lugar, sino también por los traveses de las calles, que le hacían perder el tino, aunque sabía muy bien la casa donde estuvo alojada su señora, no quiso continuar su marcha por la confusion de aquellas entradas y salidas, hasta que viniera el día, y con la claridad pudiera acertar el camino por donde había de ir. Se arrimó á una trinchera, sin poder pegar los ojos en todo el resto de la noche, atormentado de su imaginacion, y atemorizado de los aullidos dolorosos de los perros y otros animales, que parecía se lastimaban de su desventura con la pérdida de sus dueños. Al romper del alba el animoso moro buscó un punto de donde pudo descubrir todo el campo del señor don Juan, y quedó admirado de su gran potencia; en seguida buscó la casa donde su señora había de estar, y entrando en un patio della encontró á un lado muchos moros muertos, y mas adelante muchas moras muertas, entre las cuales reconoció muy bien á su querida Maleha, como quien la tenía tan

impresa en el alma. Aunque la mora estaba muerta de tres días, se conservaba tan bella como si estuviera viva, fuera de la estrema palidez que ocasionó la falta de la sangre que había vertido de las heridas. Estaba en camisa la hermosa Maleha, en lo cual manifestó el cristiano que la mató ser de ánimo noble, pues aunque la habían quitado la ropa la dejaron la camisa, que era rica y labrada de seda verde á su usanza.

Al parecer los cristianos acabaron de saquear el lugar y de matar á todos los moros, siendo ya muy de noche el día que entraron en Galera; y aunque el señor don Juan mandó que al siguiente se derribase la muralla, no se había podido hacer por estar lloviendo y nevando de continuo: esta es la causa por que los cristianos aun no habían vuelto al lugar, y la mora se mantenía entre las demás muertas, cubierta con aquella camisa tinta en sangre. Tenia dos solas heridas, y ambas en el pecho, dando mucha compasion ver tal belleza tratada con tan horrible crueldad. Así que el moro vió y reconoció á su señora, oprimido del gran dolor su corazón, la tomó en sus brazos, y echando un raudal de lágrimas de sus ojos la besaba mil veces en la fria boca, y la decia: «bien mio, esperanza de mi consuelo, no pensé yo al cabo de siete años que te he servido alcanzar la gloria de juntar mis labios con los tuyos, aunque fríos, porque la muerte ha triunfado de tu belleza. Cristiano cruel, ¿cómo tuviste valor para sacarla del mundo? ¿quisiste bien algun día? fuiste algun tiempo enamorado? supiste lo que es una mujer hermosa? Di: sí, ó no. Si no lo sabias, no me admiro de tu crueldad bestial; mas si lo sabias, ¿por qué no te acordabas de que fuiste amante, y que esta dama hermosísima que tenias delante de los ojos era un retrato de la tuya, para que detuvieras la mano airada al tiempo de herirla? Si por caso te hubiera enojado ó ofendido algun moro, enhorabuena que en él vengaras tu saña; pero ¿cómo podía merecer esta pena un ángel, criado para ser objeto de adoracion? ¿Pensabas, miserable, que la gloria de un general, cuando triunfa del enemigo, estaba en matar á una beldad, que no se había conocido mayor en el reino de Granada? Mal pensaste y peor hiciste: que semejantes atrocidades son indignas de los que menean las armas; con los varones esforzados debias hacer alarde de tu valor, y no contra quien ningun daño te podía hacer. Cruel, mastate á quien daba vida y muerte con sus ojos, á aquella que tras de tu mirar se llevaba mil almas colgadas. Di, villano, ¿si no la mataras, dejaras de alcanzar mayor gloria y provecho, teniendo presa á quien á tantos sabía prender? Yo fuera á buscarla donde la tuvieras, y en lugar de un esclavo hallarias dos, porque te serviera como tal, entregándome en tus manos. Mal lo miraste, cristiano, y yo te juro por el alma de mi bien, que cuanto pueda te he de buscar para darte el galardón que merece tu villana mano.» Y así lo hizo este moro, como se dirá mas adelante; pues muchas veces se hallan las cosas que bien se buscan.

Volviendo ahora al caso, digo, que el moro después de haber desahogado su pasion, y cansándose de abrazar y besar con mil amores á su señora difunta, estaba determinado á aguardar la noche para al abrigo de su sombra poderla sacar de allí, y llevarla consigo al río de Almanzora; pero viendo luego que era caso dificultoso, mudó de intento, y resolvió darla allí sepultura, disimulando cuanto pudo el lugar donde la dejaba depositada. Tomó luego un carbon, y en la pared, que era blanca, escribió en lengua vrbáiga este epitafio:

Aquí la bella Maleha
Yace, hermana del Maleh;
Yo el Tuzani la enterré
Por ser mi señora idea.
Matóla un perro cristiano;

Mas él me vendrá á la mano,
Donde perderá la vida,
Pues de mí bien fué homicida,
Como pérfido villano.

Luego que el Tuzani (así se llamaba el moro) acabó de escribir el susodicho epitafio, se salió de Galera, siguiendo el río abajo por la mina del agua, teniendo ya de antes noticia della; y como la caballería cristiana se había sepa-

rado de allí, después de rendido el lugar, tuvo el moro la facilidad necesaria para salir del río y meterse por un ramblizo oculto, el cual siguiendo, no fué de nadie descubierto, porque no cesó de nevar y llover; y luego que llegó á Orce tomó su caballo en la casa donde le había dejado, y no paró hasta Purchena. Allí refirió al Maleh cuanto había visto, la gran mortandad de moros, moras y criaturas que halló por las calles y las casas, entre las cuales había encontrado muerta á su hermana, y dádola sepultura; todo lo cual sintió él mucho, y lloró amargamente la pérdida de su amada hermana Maleha, dando ocasion á que sobre esto se hiciera el siguiente romance:

En Purchena está el Maleh,
Que no osaba salir della.
Con deseo de saber
Lo que pasaba en Galera;
Y estando un día en consejo
Con muchos moros de guerra,
Vuelto á ellos suspirando,
Deste modo les dijera:
«¿Cómo me desearo saber
Lo que ha pasado en Galera;
Cómo sostiene el asedio
Y cerco que está sobre ella.
Le daría por mujer
A mi hermana la pequeña,
Al que me dijese de saber
Lo de Galera y de Huéscar;
Si es ganada, ó no es ganada,
Si está libre, ó está presa,
Porque tengo allí á mi hermana
La que se llaman Maleha,
Que fué á ver á mis parientes:
¡Ojalá que allá no fuera!
Y si Mahoma quisiese
Decir lo que pasa en ella,
Yo le hiciera sacrificio
De una cristiana doncella.»
Allí habló un moro mozo,
Diciendo desta manera:
«Ofrezco hacer ese viaje
Por ganar tan alta empresa.
Siete años servi á tu hermana
Sin alcanzar cosa della,
Porque veas si es así
Hé aquí un retrato della.»
Allí sacara el retrato
En una hoja pequeña
De un blanco y liso papel,
Que cualquier le conociera,
Pareciendo tan al vivo,
Que dijeran que era ella.
Otro día de mañana
Se saliera de Purchena
En un ligero caballo
Que rucio rodado era.
Borcegui lleva calzado,
Y un alpargate de seda,
Lanza y adarga llevaba,
Y un alfanje en la correa.
Y en el arzon de la silla
Una escopeta de piedra,
Que el moro la entiende bien,
Que en Valencia lo aprendiera.
«Toda una noche camina
Por una áspera sierra,
Sin temor de guerra cristiana,
Porque amor va en su defensa;
Y al tiempo que el sol salia
Descubre el campo de Huéscar,
Y allí dejó su caballo
En Orce aguardó la noche,
Que entrar oculto quisiera,
Y allí dejó su caballo
Con recado que le diera,
En una casa escondido,

Y él parte por una senda.
En Galera entraba el moro
Por sitio que conociera;
Sin ser de nadie sentido,
Porque el cielo lueve y nieva.
El moro se espanta al ver
Tan destruida la tierra,
Y de encontrar tantos muertos
De la batalla sangrienta;
Y como era ya de noche,
No puede atinar la puerta
Do entiende que está su dama.
O la piensa hallar muerta.
Y si muerta no la halla,
Para es cautiva es cosa cierta;
Aguarda que venga el día
Para poder dar la vuelta.
El día siendo venido,
La casa bien conociera;
Sin temor se mete el moro
Hasta el patio, donde viera
Estar muchos moros muertos
De cuchilladas muy fieras.
Mas adentro en una sala
Vido muchas moras muertas.
Donde muerta también halla
A la hermosa Maleha.
Con lágrimas en sus ojos
La abraza, y mil veces besa,
Con palabras muy sentidas
Solemniza su tristeza:
«El cristiano hubiese mal
Que mató tanta belleza;
Mas yo juro por Mahoma
De tomar dello la enmienda.
Con esto el moro buscaba
Por la casa una herramien-
ta para poder sepultar
A su infeliz dama muerta.
Un azadon ha hallado,
Y con él hizo una buesa;
Llorando entierra á su dama,
Cubriéndola bien de tierra,
Acia una parte del patio
Que no fuera descubierta;
Y en la pared con carbon
Un epitafio escribiera,
Que el nombre suyo declara
Y el de la bella Maleha.
Habiendo hecho esto el moro,
De Galera se saliera
Por la mina que va al río
Muy secreta, y de manera
Que de ninguno fué visto
Por la lluvia que cayera.
A Orce se vuelve el moro,
Do su caballo le espera;
En él buye muy lloroso,
Y vuelve para Purchena,
Donde le contó al Maleh
La rúta de Galera,
Y cómo á su buena hermana
Entre otras halló muerta.

Dicen que este moro animoso era de Cantoria, ó de los Vélez, y le llamaban el Tuzani; estaba tenido por muy laudino y valiente, y tan aljamiado, que nadie le pudiera tomar por morisco, habiéndose criado de niño entre cristianos viejos. Así que este llegó á Purchena dando la nueva de lo que había pasado en Galera, y del gran campamento de los cristianos, resuelto á vengar la muerte de su dama, se salió del río de Almanzora en traje de soldado cristiano, tan bien puesto que al verle nadie le creyera morisco. Una buena espada en un tahalí bien hecho, su escopeta de rastrillo, también muy buena, y que él sabía manejar porque había estado muchas veces en Valencia y en Jativa y en otros lugares donde se usan semejantes armas, y en donde compró aquella llave de su escopeta. Saliendo así de Purchena, y llevando recados del Maleh para que los moros de aquel río no le impidieran su camino, no paró hasta Baza; de allí se fué al campo del señor don Juan, y se llegó á las banderas del tercio de Nápoles. Después contaremos lo que hizo este moro, que es digno de me-